

Haga circular esta hoja; difúndala, cópiela y reparta las copias

Hombres y Hechos del Civilismo

Lima, Agosto de 1932

ANTE UN SIFILÍTICO, LO ÚNICO QUE NO HACE UN MÉDICO ES DEDICARSE A ESTUDIAR LA SÍFILIS: PROCEDE, POR VÍA DRÁSTICA, A MATAR ESPÍRUILOS. ANTE EL PERÚ CIVILISTA, LO ÚNICO QUE NO HACE EL POLÍTICO ES ESTUDIAR EL CIVILISMO: PROCEDE A EXTIRPAR, POR VÍA DRÁSTICA, CIVILISTAS. EN EL PERÚ, EXTIRPAR CIVILISTAS ES EL PROBLEMA PREVIO. SÓLO CUANDO LO RESOLVAMOS, NOS SERÁ POSIBLE ENFOCAR OTROS PROBLEMAS SOCIALES O POLITICOS. VAMOS, PUES, A EXTIRPAR CIVILISTAS.

LUIS PARDO

Hace algunos años, nació en el norte del Perú, un caballero, hidalgo puro, señor en el viejo y ferrocarrilero sentido, romántico del señorío. Se llamaba Luis Pardo. Vino al mundo con algunos años de retraso. Su espíritu desinteresado y bravo no se movía bien en el medio cazurro, gazmoño y socaliñero del Perú civilista. Y Luis Pardo se metió a jefe de bandoleros. No halló en el Perú civilista, mejor forma de hidalguía.

Al frente de partidas fieles, realizó correrías heroicas en torno a los grandes fundos agrícolas del Perú setentrional. Sobre el caballo era un virtuoso y manejando el revólver y el fusil era un artista. Hijo del pueblo, vivió envuelto por la adoración popular. Encanto de los niños, envidia de los hombres, ansia febril de las mujeres, Luis Pardo, el bandolero, hermano de Luis Candelas, se jugó la vida, minuto a minuto, durante largos años. Burlador perpetuo de autoridades, escarnio de jueces, broma lacerante para la policía, Luis Pardo, firme jinete de un raudito caballo de leyenda, es, en el Perú republicano, símbolo enhiesto y gallardo de su pueblo; imagen varonil y poderosa de la protesta de un país donde jamás conocimos ni la dignidad del poder político, ni el honor de la justicia, ni el severo aplomo de la policía.

Pero, como en el Perú, no hay mal destino que no se cumpla, un día cayó Luis Pardo. Cayó combatiendo, cayó a la cabeza de los suyos y, ante su cadáver, su caballo, con los bellos estirados hacia el horizonte, lanzó un largo relincho. Fueron así las exequias de Luis Pardo. La policía, al fin vencedora, a fuerza de número, se ensañó con los despojos del capitán caído. Y desde entonces, el nombre de Luis Pardo pone un melancólico y sonoro regocijo en todas las canciones norteñas del Perú. Las marineras, de donairoso arranque y los tonderos coronados por la sensualidad de inquietos pañuelos, evocan siempre a Luis Pardo, al romanesco jefe de bandidos, complejo como una novela y emocionante como una canción.

Casi en los mismos meses y años en que el norte del Perú vió, de pie sobre la vida, al bizarro jefe de bandidos, Lima recibió en sus brazos sensuales y tibios, a otro Luis Pardo. No venía del pueblo. Su cuna se meció, presuntuosa, en medio de los hilarantes motes y dibujos heráldicos del marquesado de Fuentehermosa de Miranda. Este Luis Pardo limeño, homónimo del otro, porque la historia y la leyenda tienen sus tribunales de justicia, era su anverso en cuanto al espíritu. Pese a su linaje y al brillo exterior de

su venida al mundo, nació bandido y, para ejercer mejor, se metió a caballero. Así es el mundo civilista. Les pide alcurnia a los puñales, propiamente a las dagas y ejecutoria heráldica al garrote.

A este Luis Pardo, el de Lima, lo ignora el pueblo. En las últimas capas del hampa, lo conocen los asesinos profesionales. Para ellos es "Don Luis"; el amo lleno de oro, el que paga, más discretamente y mejor, el balazo oportuno, la cuchillada muda, la paliza pulverizadora de pulmones. La influencia de Luis Pardo aparece, oscura e insonora, en el gobierno civilista 1915-1919. Durante estos cuatro años, las apaleaduras y los asaltos a mano armada se multiplican a lo largo de las tierras del Perú. Los políticos y los periodistas tienen el honor de la preferencia. Un día, Rafael Grau, político anticivilista, hijo del Almirante de Angamos y líder democrático, anuncia su viaje a una remota y abandonada provincia montañera, cuya diputación ejerce, Grau aspira a que Cotabambas — su provincia — le reeija. Pero no bien anuncia su viaje el fogoso político, Lima entero le pronostica la muerte. ¿Acaso Julio Chávez Cabello, agente de Luis Pardo, no es prefecto de Apurímac? ¿Acaso no es subprefecto de Cotabambas, Moreno, otro homicida a sueldo del bandido metido a caballero? ¿No sabe Grau que García Bedoya, Ministro de Gobierno, cierra los ojos ante los crímenes que urde Luis Pardo?

Pero Grau no cede. Y emprende viaje a Cotabambas. La esposa de Grau hace llegar su queja hasta el Presidente de la República.

—Lo único que pido — le dice — es que cambien a Moreno. Nombren a cualquier otro subprefecto de Cotabambas. Todo Lima dice que Moreno va a ponerse a la cabeza de los asesinos de mi marido.

El Presidente José Pardo promete el cambio. Algo más: lo ordena. Pero Luis Pardo, amo del ministro de Gobierno, consigue que el mandato presidencial sea postergado. Se le dan disculpas al Presidente. Hoy, es en olvido. Mañana, es que el nombramiento nuevo se traspapeló. Dos días después, el Ministro se enferma. Hay que dejar que el tiempo corra y que Rafael Grau llegue a Cotabambas con Moreno de Subprefecto. Y así ocurre. El Presidente se cansa o se olvida. Y Grau llega a la provincia luctuosa. A los pocos días, una turba de asesinos pagados—¿por quién? — lo victiman. Se cumple fríamente el plan. Todo el Perú sabía que eso iba a ocurrir. Lo sabía Grau. Solamente lo ignoraban el Ministro de Gobierno García Bedoya; el prefecto de Apurímac, Chávez Cabello; el subprefecto de Cotabambas, Moreno.

El asesinato de Grau produjo, en todo el Perú, un escándalo que tenía proporciones de caos. Las oposiciones culparon, sin vacilación, al Presidente de la República. Y el Presidente de la República, don José Pardo, ignoraba acaso, sumido en su vanidad protocolar de hombre de bien, que era su hermano, su propio hermano Luis, el autor de aquella tragedia que le costó el gobierno y que fué la cancelación de su vida pública. En aquellos años, Luis Pardo, el bandolero que, para realizar mejor sus correrías se disfrazó de hidalgo, pasaba inad-

vertido en el escenario político. Siempre se escondió de la luz de las candilejas y huyó siempre de la denuncia de los reflectores. Sólo consigo mismo, Luis Pardo era una mafia. Su placer era hacer matar y permanecer inspechado.

En la misma época en que Rafael Grau fué asesinado, un íntimo amigo suyo, un señor Bolaños, vecino del Callao cayó deshecho bajo un tiro por la espalda. De tal modo pagó el delito de su estrecha amistad con Grau. Nunca se supo quienes habían sido los apaleadores. Los zahoríes en cosas políticas, sabían quién había sido el instigador y el tesorero. Tras el cadáver de Bolaños, igual que tras el cadáver de Rafael Grau, se alza, tenebrosa y estremeecedora, la silueta de Luis Pardo, indigno de esta homonimia, indigno de usar el mismo nombre y el mismo apellido de aquel valeroso caudillo que supo ser bandolero y cuya caballerosidad fué derrumbada a la luz del sol, en pleno combate.

No había pasado mucho tiempo de la muerte de Grau y el turno le tocó a un escritor. Florentino Alcorta, uno de los mejores humoristas y, acaso, el estilo satírico más vivaz y agudo que haya tenido el Perú, cayó también bajo los garrotes de los asalariados de Luis Pardo. La paliza fué de tales proporciones que, un año y pico más tarde, Alcorta concluía su vida, víctima de una tuberculosis irrefrenable.

Cuando, en 1919, Leguía derrocó a Pardo, nadie se acordó del hermano del Presidente caído. Nadie se acordó de Luis Pardo. Las sombras de Grau, de Bolaños, de Alcorta y de tantos otros hombres de menor figuración, quedaron sin recuerdo. Luis Pardo, con su oro, se fué a Europa. Un destierro piadoso hundió en el olvido a Chávez Cabello. Y un olvido piadoso fué, dentro del mismo Perú, el destierro de García Bedoya. Pasaron los años. Once años. Y al cabo de ellos, caído Leguía, vuelve a aparecer, entre los bastidores del Palacio de Pizarro, la sombra fatídica de Luis Pardo. Pero hay diferencia entre 1918 y 1932. En aquel año, el bandolero con escudo de armas operaba casi a espaldas del mundo oficial y sólo a título de ser hermano del Presidente de la República, quien acaso ignoraba las horribles fechorías de su hermano. En 1932, Luis Pardo es el director visible de la masacre.

Luis Pardo, fabricante de asesinos, fabrica a Sánchez Cerro. Luis Pardo es el autor morboso de la presidencia de ese sargento monstruoso y bárbaro que está deshaciendo al Perú. Luis Pardo le presta a Sánchez Cerro el apoyo de su fortuna y de su brillo social. Una vez que consigue que Sánchez Cerro cubra su pecho lombrosiano con la banda presidencial, Luis Pardo ya no se esconde. Ya su voluptuosidad no reside en ser la dirección lejana. Ya no se contenta con ser el invisible empresario del asesinato. Ahora desea que su poder se materialice y que el Perú lo sienta y lo vea. Sánchez Cerro no es otra cosa que el mayor de los criminales a sueldo que haya tenido a sus órdenes Luis Pardo.

Ya no se trata de matar a un enemigo, a dos, a tres. Ya no se trata de victimar a Rafael Grau. No. Ahora hay que proceder a la matanza de multitudes. Como todos los voluptuosos insanos,

Luis Pardo va agravando y engrandeciendo su fuente de placer. Si en 1918 se contentaba con hacer matar a uno y permanecer en la sombra, en 1932 gusta de hacer matar a centenares y de que el Perú entero sepa que él, Luis Pardo, es el que dirige y gobierna la mano homicida de Sánchez Cerro. En los dos años de actuación pública que tiene Sánchez Cerro en el Perú, es responsable de más de cinco mil muertes. Luis Pardo ha firmado, con él, en mancomún y solidariamente, las sentencias.

Hace poco Sánchez Cerro necesitó dinero. Había dilapidado los fondos fiscales y apeló a la erogación voluntaria de los ciudadanos. En el fondo, el cupo forzoso. Nombró una comisión para que recaudara las suscripciones. Y fué a Luis Pardo a quien hizo presidente de esa comisión. O, lo que es lo mismo, les dijo a los ciudadanos: la bolsa o la vida. La sola presencia de Luis Pardo equivale al revólver al pecho. Pero si el Luis Pardo de 1932 ya no es el Luis Pardo de 1918, también el Perú ha cambiado. Hasta ahora, nadie concurre con su óbolo. Ante la intimidación del bandolero, el Perú ha respondido con su vida. Pero le niega la bolsa. Es que el Perú sabe que en estos momentos, a Luis Pardo y a Sánchez Cerro les interesa más la bolsa que la vida. Ya mataron. Ahora quieren saquear.

En tales manos está el Perú. El cuadro que hemos trazado es la mejor síntesis del Civilismo. El Civilismo representa la inversión de todos los valores. Y el dominio de todos los perjuicios. Por el sólo hecho de haber nacido en casa solariega y al amparo de rancieros papeles, Luis Pardo, el bandido, puede actuar como caballero. Y por el sólo hecho de haber brotado, obscuramente, de las clases humildes, Luis Pardo, el caballero, se ve obligado a actuar como bandido. Felizmente la historia no confundirá sus nombres. Siempre diferenciaremos al Luis Pardo arrogante y generoso que vivió a salto de aventura en el norte del Perú, y supo morir al pie de su conducta, del Luis Pardo siniestro y lóbrego que vivió a golpe de opulencia y supo matar sin haber sospechado nunca lo que es morir. En el futuro Luis Pardo, el asesino, no se cobijará bajo la sombra romántica y melancólica de Luis Pardo el caballero. Pero al asociar estas dos palabras: Luis Pardo, el Perú sentirá siempre un estremecimiento de terror. Son dos palabras que chorrean sangre y que engendran sombra.

Hoy, el Perú está en manos de Luis Pardo, el bandolero. Su asesino a sueldo, es Luis Sánchez Cerro. Hasta la persistencia del nombre parece un tic de la historia, un leit motiv del destino. Con el sangriento dominio de Luis Pardo, el Civilismo concluye su ciclo. Cien años de inversión, de muerte, de luto, de empobrecimiento, de putrefacción terminan en estos días. Y ter-

minan dentro de una charca deletérea, donde los cadáveres en descomposición se hacinan macabramente.

Todo está por gracia del Civilismo trastocado en el Perú. La civilización subsiste en virtud de un mínimo dominio de las condiciones superiores del espíritu: de la piedad, de la justicia, del amor a la libertad, del culto por el honor humano. El Perú, en dos años, bajo la dirección de Luis Pardo, ha retrocedido cuarenta siglos. El orden jurídico y la convivencia social, que los hombres habíamos conquistado a través de tanto dolor y de tanta calamidad, han perecido en el Perú. En Luis Pardo y en Sánchez Cerro han revivido, de golpe, oscuros antecesores. Un ancestro pavoroso los guía. La caverna actúa en ellos.

Pasarán los meses y los años. Pasarán los siglos. El Perú irá, lentamente, purificándose del pecado de haber engendrado y mantenido monstruos. Y cuando venga el alba de la nueva nacionalidad y cuando llegue la edad madura del nuevo tiempo, los peruanos recordarán de Luis Pardo con el mismo terror supersticioso con que los niños se acuerdan de los fantasmas que vieron, en noches inexplicables, correr a través de los patios inmensos donde habían jugado en las horas de sol. Acaso no se acordarán de Luis Sánchez Cerro, pobre muñeco trágico, asesino a sueldo del más funesto y cruel de los voluptuosos del Civilismo. Al fin y al cabo, Sánchez Cerro, hijo infimo de la más profunda plebe, no hace, al obedecer ciegamente a Luis Pardo, otra cosa que cumplir su sino tradicional: obedecer al magnate. Sánchez Cerro, al someterse a Luis Pardo, cumple su ley de vasallaje. Por eso es la expresión más exacta y más ruin del Civilismo. La expresión de la servidumbre. Al Civilismo le estaba destinado conseguir que el Presidente de la República fuera nada más que un asesino a sueldo. Pero cuando un régimen llega a tales extremos, es que ya está en momentos de morir. Como cuando los enfermos empiezan a arañar las sábanas y a recordar los años más lejanos de su infancia. El Civilismo se acaba. Y se acaba gracias al último y más corrompido de sus magnates y al último y más depravado de sus esclavos. Y a Sánchez Cerro, para ser esclavo, ni siquiera le falta ser negro.

La historia los juntó, los hizo actuar de consumo. Ella se encargará de lanzarlos a la infernal inmortalidad donde viven, torturados por el recuerdo mártir de las generaciones, todos los que tuvieron la pavorosa misión de hacer sufrir.

Y el otro Luis Pardo, el caballero que se metió a bandido, será siempre la antítesis del Civilismo. Y en su nombre podremos decir que al Perú le conviene más un bandolero que un civilista.

El próximo Boletín se ocupará de JULIO CHAVEZ CABELLO

Haga circular esta hoja; difúndala, cópiela y reparta las copias

Hombres y Hechos del Civilismo

Lima, Septiembre de 1932

ANTE UN SIFILÍTICO, LO ÚNICO QUE NO HACE EL MÉDICO ES DEDICARSE A ESTUDIAR LA SÍFILIS. PROCEDE, POR VÍA DRÁSTICA, A MATAR ESPÍRITOS. ANTE EL PERÚ CIVILISTA, LO ÚNICO QUE NO HACE EL POLÍTICO ES ESTUDIAR EL CIVILISMO. PROCEDE, POR VÍA DRÁSTICA, A EXTIRPAR CIVILISTAS. O A REVELAR AL DESNUDO LOS HECHOS DEL CIVILISMO. EN OTROS TÉRMINOS: A SUPRIMIR LOS SÍNTOMAS DE LA ENFERMEDAD. CUANDO LOS SÍNTOMAS HAYAN DESAPARECIDO Y LOS AGENTES PATÓGENOS HAYAN MUERTO, ES DECIR, CUANDO YA NO HAYA NI CIVILISTAS NI CIVILISMO, EL PERÚ ESTARÁ SANO. EN EL PERÚ, EXTIRPAR CIVILISTAS ES EL PROBLEMA PREVIO. SÓLO CUANDO LO RESOLVAMOS, NOS SERÁ POSIBLE ENFOCAR OTROS PROBLEMAS SOCIALES O POLÍTICOS.

Lo de Chile

Cualquiera de los pueblos de la tierra, aun el más desorganizado y el más corrompido, podría servirle de ejemplo al Perú de 1932. Pero, por lo excepcional de las circunstancias que atraviesa y por su condición de limítrofe, de antiguo adversario y de amigo de siempre, Chile es el mejor modelo que se le puede ofrecer a este Perú que de-rocha su prosperidad y su salud, su vitalidad y su honor. En medio de una crisis económica, que, acaso, ningún país sufre en el mundo, Chile se ha revelado un pueblo fuerte, optimista y digno de reconquistar su antigua lozanía. Pierde, quizá para siempre, la exportación del producto que era garantía de su riqueza, de su estabilidad financiera y comercial, la exportación del salitre, y, sin embargo, mantiene su esperanza y lucha incansablemente para impedir que su vida nacional se derumbe.

Al dejar de ser país exportador, Chile tiene que renunciar, también, a su calidad de nación importadora. Tiene que vivir dentro de sí mismo, para sí mismo y consigo mismo. Su moneda cae hasta más abajo del ochenticinco por ciento sobre su valor de emisión. Bajo mil formas, empieza, la fuga de la fortuna nacional. Originada por la extrema pobreza, sobreviene una intensa inquietud política. En catorce meses, hay ocho movimientos que producen otros tantos cambios de Gobierno. El malestar y la pobreza aumentan por horas. La desocupación arroja cifras caloríficas. Chile no cesa de luchar. Investiga, a lo largo de su territorio, en busca de nuevas fuentes de riqueza; se empeña en darle fuerza expansiva a su industria y no se olvida del pueblo hambriento y del trabajador mal pagado.

En el Perú, la moneda estabilizada hacia la baja, produce ganancias inesperadas para algodoneros y azucareros. Las cifras de la desocupación no son mayores. El Perú posee saldos en el exterior y sus importaciones continúan normalmente. Pero la locura política de sus dirigentes; la sensualidad irrefrenable del Civilismo, producen la catástrofe. Entre encarcelados, presos, perseguidos y desterrados, hay más de quince mil peruanos. Cerca del treinta por ciento del presupuesto nacional se invierte en gastos reservados del Ministerio de Gobierno; espionaje, movilización de agentes, control de los conspiradores. Y vemos que, con el algodón y el azúcar a buen

precio, la moneda peruana que, en diciembre de 1931, se cotizaba a razón de veintiocho centavos de dólar el sol oro, se cotiza ahora a razón de dieciséis centavos de dólar. Semejante baja, no es producida, sino por factores políticos.

Mientras en Chile, la caída de la economía trae inquietudes políticas, en el Perú la locura política es causa de la catástrofe económica. Jamás se había visto que un gobierno fuese malo hasta el punto de que su mala calidad bastase para empobrecer al país puesto bajo su dirección. Se sabe que la pobreza le quita eficacia al mejor Gobierno. Lo que se ignoraba es que el peor gobierno fuese capaz de destruir a la mejor economía. En el Perú, hemos logrado que así suceda. Cierto que el hecho de no estar pobre, a nadie le impide estar loco. El que lee los periódicos de Chile se abisma al ver que, sólo en virtud de su patriotismo y de su circunspección, logra seguir viviendo decorosamente, con un presupuesto de quinientos millones de pesos de un penique, un país que, hasta no hace mucho, gastaba un presupuesto de mil doscientos millones de pesos de seis peniques. En 1930, el Perú tiene un presupuesto de catorce millones de libras de tres dólares con setenta centavos cada libra. Hay servicio de obras públicas y la deuda externa es fielmente pagada. En 1932, el presupuesto del Perú es de nueve millones de libras de un dólar setenta centavos la libra. No hay servicio alguno para las obras públicas y está en suspenso el pago de la deuda internacional. Sin embargo, el azúcar y el algodón gozan de buen precio y la baja de la moneda resulta favorable para los exportadores.

Ante su apocalíptico derrumbe económico, en Chile se reorganizan las fuerzas políticas. Con el Partido Conservador a la cabeza, los hombres de las derechas se oponen a que las fuerzas armadas de la Nación intervengan en política. Capitaneadas por el Partido Radical, las unidades del Centro y de la izquierda democrática, también se cohesionan y se alejan de los cuarteles. Las izquierdas socialistas despliegan sus banderas en torno a un candidato que es militar; pero coinciden con el resto de Chile en proclamar la necesidad de que el Ejército, la Marina y los Carabineros deben volver a sus actividades profesionales y no ingerirse jamás en la política. Por su parte, los hombres de armas se apresuran a



retirarse de la arena política, vuelven a sus cuarteles y son, otra vez, esperanza segura de la Patria. La Civilidad se levanta, poderosa e inapelable, para montar guardia en torno a las instituciones y a la Ley.

En el Perú, los hombres de la derecha se ponen al servicio de los cuarteles y, con las armas de la Nación, se dedican a la caza de los hombres de la izquierda. El conservadorismo peruano es el caso más triste de ruindad y de atraso, de déficit espiritual y de cobardía. No merece ni siquiera el nombre de conservadorismo. Es un clan de ambiciosos, sin noción de patria, ignorantes del Perú y que sólo buscan enriquecerse y gozar a costa del porvenir de la Nación. En el Perú, los ultramontanos convierten al Ejército en el primero de los factores políticos. Y el Ejército se convierte en agente voluntario y ciego de la oligarquía. Infiel a su misión, pierde su razón de ser, traiciona al pueblo y, después de no valer nada como pasado, hunde en el despotismo su porvenir.

Sumido en su pobreza, atenaceado por graves urgencias económicas, Chile es respetable porque sabe cultivar la amistad con todos los pueblos de la tierra. Sin embrollos fronterizos y sin haber llenado el mundo de desterrados que dejan oír sus voces de protesta, libra solo su batalla y en ella cuenta con la simpatía universal. El Perú viola sus pactos internacionales, invade territorios que entregó en virtud de solemnes acuerdos, puebla el mundo de peruanos que quedan sin hogar y sin porvenir. El caso de Leticia es monstruoso. La estupidez de las oligarquías peruanas está a punto de crear una guerra de Loreto contra Colombia o de Loreto contra el resto del Perú. Algo que, si no fuera tan doloroso y amargo, resultaría divertido como una petipieza balcánica, de los tiempos en que la opereta era un género de cancillería.

Mientras Chile va salvando su política, que amenazaba hundirse en el desastre económico, el Perú va hundiendo su economía en el desastre político. En el Perú son felices solamente dos clases de gentes: las de la policía secreta y las del ejército y las otras instituciones armadas. Superiores a la pobreza y al descenso de la moneda, en Chile siguen funcionando las instituciones de cultura y de beneficencia. En el Perú, donde hay dinero, las universidades están clausuradas y los hospitales ya no son establecimientos gratuitos. No hay asistencia ni para el niño abandonado ni para la madre sin recursos. Mientras los chilenos se cohesionan, amantes, como nunca, de su patria, en torno a sus tradiciones, a sus recuerdos gloriosos y a sus esperanzas, en el Perú empiezan a nacer los sin patria; los que, perseguidos por el gobierno, han perdido todas las posibilidades morales de seguir siendo peruanos.

De su pobreza, Chile quiere sacar industria y derivar trabajo. En el Perú, nadie piensa en que sea posible que el país se basta a sí mismo. Huye el dinero y huyen los que lo tienen. Los que trabajan sufren exilio o cárcel, la iniciativa privada vale sólo en cuanto puede ser fructífera para los capataces de la oligarquía. El Perú es, en medio de su relativa normalidad financiera, un país sin vida económica. El trabajo y el capital sufren la acción del terror político. El Estado apenas tiene dinero para dar de comer a siete mil presos políticos, para hacer vigilar a varios cientos de deportados y para rodear de espías a miles de conspiradores. Salvo la mino-

ría que se ha apoderado del Palacio de Gobierno, son muy pocos los que en el Perú no conspiran. Exteriormente, el régimen civilista está rodeado de conspiradores. Desde el Ecuador y desde Chile, desde Colombia y desde la Argentina, desde Uruguay y desde Panamá, desde Bolivia y desde Méjico, los deportados dejan oír incansablemente sus voces acusadoras. Pocas veces en la Historia de esta América tan fecunda en convulsiones, un gobierno ha sufrido, tan unánimemente, el desprecio de todas las naciones. No tiene relaciones diplomáticas ni con Uruguay ni con Méjico, ahora está a punto de pelear con Colombia y ayer fué inminente la ruptura con la Argentina. La locura de los oligarcas actúa en todos los sentidos. Se convierte en desprestigio en el exterior y en tortura en el interior. Las cárceles son colmenas políticas.

Para todos los hombres de bien que quedan en el Perú, para las instituciones armadas y para los que no estén definitivamente desengañados de los destinos peruanos, el ejemplo de Chile debiera levantarse como un imperativo. Nos dirigimos especialmente a las fuerzas armadas del Perú. Si continúan al lado del régimen oligárquico que hoy despedaza, ensangrienta y mancha a nuestra patria, al fin y al cabo merecerán el odio y el desprecio del pueblo. Defendiendo a Sánchez Cerro, a su cohorte de chacales y a sus consejeros con alma de mujerzuelas, comprometen su existencia misma como instituciones. Los soldados de Chile pueden servirles de modelo. Los soldados de Chile que no han querido ser puntal de dictaduras y han puesto en manos de la opinión pública la marcha de la vida nacional.

Los hombres de armas del Perú deben recordar que, cuando las armas que paga la democracia, sirven para torturar al pueblo y para vivificar al despotismo, al fin y a la postre la democracia recobra sus fueros y pide rendición de cuentas. El despotismo es siempre pasajero. La sangre es semilla de castigos y de venganzas y, también, semilla de libertad y de justicia. Las instituciones armadas del Perú no deben permitir que siga corriendo más sangre peruana. Deben abrir los ojos ante la disolución del País, ante el hundimiento de la nacionalidad, ante el naufragio de todo lo que le da al Perú sentido histórico y gerarquía política. Devorados, dentro del Perú, por el odio y, fuera del Perú, esterilizados por el desprecio, que obra como el vacío, vamos, lentamente, a la disgregación definitiva. Y vamos, hasta ahora, bajo la custodia de las armas peruanas. De las armas peruanas que ya deben alzarse para restaurar el orden jurídico y las posibilidades de una justa y honorable convivencia social.

Esta serie concluirá con las siguientes hojas, que han de aparecer en el orden en que aquí están enumeradas y en los días que se indican: Trujillo — Los Ocho Marineros — La Consoplocación — Tumán y "El Comercio" — Guerra, Salitre y Huano — El Imperio de la Sensualidad — Sanciones y desastre jurídico — Sanciones y desastre económico — Luis Miguel Sánchez Cerro — Zoocracia y Canibalismo — La llaga civilista — Los subhombres: Muñoz, Zavala Loayza, Rivadeneira, etcétera — Dos militares civilistas: Ruiz Bravo y Vargas. Estas hojas verán la luz pública durante los días 19, 20, 21, 22, 24, 25, 26, 27, 28, 29 y 31 del mes en curso y la serie quedará definitivamente cerrada.

W/F011

985.008

F6

13

10 JUN 2016

050 CAV

Haga circular esta hoja; difúndala, cópiela y reparta las copias

Hombres y Hechos del Civilismo

Lima, Septiembre de 1932

ANTE UN SIFILÍTICO, LO ÚNICO QUE NO HACE EL MÉDICO ES DEDICARSE A ESTUDIAR LA SÍFILIS. PROCEDE, POR VÍA DRÁSTICA, A MATAR ESPÍRITOS. ANTE EL PERÚ CIVILISTA, LO ÚNICO QUE NO HACE EL POLÍTICO ES ESTUDIAR EL CIVILISMO. PROCEDE POR VÍA DRÁSTICA, A EXTIRPAR CIVILISTAS. O A REVELAR AL DESNUDO, LOS HECHOS DEL CIVILISMO. EN OTROS TÉRMINOS: A SUPRIMIR LOS SÍNTOMAS DE LA ENFERMEDAD. CUANDO LOS SÍNTOMAS HAYAN DESAPARECIDO Y LOS AGENTES PATÓGENOS HAYAN MUERTO, ES DECIR CUANDO YA NO HAYA NI CIVILISTAS NI CIVILISMO, EL PERÚ ESTARÁ SANO. EN EL PERÚ, EXTIRPAR CIVILISTAS ES EL PROBLEMA PREVIO. SÓLO CUANDO LO RESOLVAMOS, NOS SERÁ POSIBLE ENFOCAR OTROS PORBLEMAS SOCIALES O POLITICOS

Antonio Miró Quesada

Si el Civilismo es nada más que inversión y superchería, técnica de lo equívoco y cultivo morboso de lo antinatural, no cabe la menor duda de que Antonio Miró Quesada es el más puro y expresivo ejemplar civilista. Es un caso de inversión y de superchería, desde su nacimiento hasta estos días en que toca los primeros lindes de la ancianidad. Hijo de padres extranjeros que hicieron fortuna en el Perú, se encuentra en singulares condiciones para ser un espíritu libre y claro. Nada lo ata al pasado. No lo agobian ni las taras del incaísmo melancólico, abúlico y rencoroso, ni los estigmas del colonialismo sensual y perverso. No hay parentela preexistente que le señale los pasos ni prejuicios sociales que le estrechen el camino. Pero invierte estas magníficas condiciones de venida al mundo y, desde el principio de su juventud, se une a las peores expresiones del peruanismo. Se une a los señoritos coloniales, un poco sodomitas y un poco galantuomos, y a los caciques serranos, un poco bandidos y otro poco rúbulas. Los hombres de bien, los espíritus no disfrazados ni sucios, le repugnan. Sienten por ellos el horror que el indio de los Andes y el negro de los trópicos abrigan hacia la higiene y hacia los cuartos de baño.

La suerte le pone en las manos el mejor elemento de propaganda de la inteligencia. Antonio Miró Quesada, apenas llegado a la treintena, es árbitro de "El Comercio", el periódico más antiguo del Perú. En un país constitucionalmente retardado y congénitamente conservador, la antigüedad vale mucho. "El Comercio" es, a título de sus años, el órgano más influyente que tiene la prensa peruana. Un hombre de bien, un hombre directo y claro, dueño de ese periódico, se habría puesto al servicio de la causa pública, al servicio del Perú nuevo, del Perú insurgente. En el caso de Antonio Miró Quesada, la inocuidad de su origen familiar era un auxiliar de pro-

funda eficiencia. Pero Antonio Miró Quesada invierte de nuevo su papel. Se pone al servicio de todo lo malo y de todo lo viejo. Diríase que su inteligencia tiene la edad de su periódico. Siempre cae fuera del tiempo. En sus manos, "El Comercio" no sirve sino para defender lo deshonesto, lo dudoso, lo antinatural. La superchería. En todo momento, es enemigo de la idea nueva, del pensamiento immaculado, de la palabra hermosa. Entre los civilistas los mejores son apenas hombres de dos dimensiones. A todos ellos les falta la profundidad. Y cuando aparecen, en la escena de la política o de la literatura, varones tridimensionales, "El Comercio" se ensaña acerbamente con ellos. Para hablar sólo de los muertos, ahí están Manuel González Prada y Nicolás de Piérola. Enemigos entre sí, almas antagónicas, pero ambas superiores, la grandeza las hace coincidir en un punto: el odio de "El Comercio". Es la inversión que actúa, la superchería convertida en norma.

Cuando, en 1904, Augusto B. Leguía, representando una fuerza nueva en las filas del Civilismo, elabora e impone la candidatura juvenil de José Pardo y logra que José Pardo llegue a la Presidencia de la República, Antonio Miró Quesada es uno de los principales lugartenientes de Leguía. Aspira a suceder a Pardo. Pero el sucesor de Pardo es Leguía. Antonio Miró Quesada aspira a suceder a Leguía. Y cuando la Historia plantea otros problemas, Antonio Miró Quesada produce y conserva odio profundo contra Leguía y contra Pardo. No puede pelear con ambos, porque tal pelea le significaría la soledad política. Y, a regañadientes, se une a Pardo. Es lo antinatural. Al fin y al cabo, Leguía representa la transformación del Civilismo, su remozamiento, casi su desaparición. Pardo es la superchería conservadora, el embeleco colonial. Sus gobiernos, en los que nadie niega la honestidad personal

del Presidente de la República, se caracterizan, sin embargo, por la devastadora inquietud económica de sus segundos. Durante los dos gobiernos de Pardo, "El Comercio" saquea a fondo al Fisco. Los oligarcas realizan, a costa de la fortuna popular, negocios opulentos, y los caciques de tierra adentro convierten en oro la sangre de los yanacunas y el sudor de los mestizos. "El Comercio" siempre está listo para defender a oligarcas y a caciques.

Durante los Once Años de Leguía, "El Comercio" se enriquece como no lo había logrado en los ochenticinco años de vida que llevaba cumplidos en 1919. Gracias a la formidable movilización financiera que produjo Leguía, el avisador y el lector se multiplicaron. Es entonces que "El Comercio" construye la lujosa casa que ahora posee. Entonces perfecciona, ensancha y renueva su maquinaria. Para eludir los derechos sobre la herencia, pues estaba próxima la muerte de José Antonio Miró Quesada, padre de Antonio y propietario del periódico, Antonio y sus hermanos constituyen una sociedad anónima y Leguía, que se hallaba en la cumbre de su patriarcalismo, les dispensa — era una suma suerte — el pago de las gabelas y las alcábalas que la ley peruana les cobra a las sociedades anónimas nacentes. Las maquinarias que importan, no pagan derechos. Durante los Once Años, se le dice a Leguía que es preciso confiscar "El Comercio"; Leguía sabe que no tiene enemigos más encarnizados que los Miró Quesada. Y los Miró Quesada saben que, con un simple decreto, Leguía puede quitarles "El Comercio", es decir, toda su fuerza, toda su fortuna y todo su prestigio. Leguía se negó siempre a dar ese paso. Muy cara tenía que pagar tamaña benevolencia.

Cuando cae Leguía, "El Comercio", con Antonio Miró Quesada, encabeza la política de martirio, de tortura, de robo y de canibalismo en que vive el Perú desde el 25 de agosto de 1930 hasta hoy. Durante dieciocho meses, Leguía, gobernante, por quince años, del Perú, agoniza en calabozos insalubres, privado de asistencia médica y de defensa jurídica. La nueva política lo deja hasta sin ropa. No salva ni una sola de sus joyas personales. Sus hijos y sus amigos son ferozmente perseguidos. Todo esto es obra de Miró Quesada. "El Comercio" que, durante once años, publicó, día tras día, retratos y reseñas de todas las ceremonias y actuaciones del régimen leguista; "El Comercio" que, durante once años, jamás dejó de colocar, en sitio preferente, la sección de la vida palatina, en la que daba respetuosa cuenta de las actividades del Presidente Leguía, "El Comercio", en setiembre de 1930, habla del reo Augusto B. Leguía. De tal modo, una vez más es fiel a su norma de inversión y superchería. Pone su poder y su influencia al servicio del terror y del odio, de la injusticia y de la pillería.

"El Comercio" es un periódico lleno de ínfulas universitarias. Son universitarios todos los que en él hacen o puden algo. Se envanecen de su estructura universitaria. Casi no hay Miró Quesada que no sea catedrático de San Marcos. Y cuando llega la hora de resolver el problema presidencial, esos universitarios, esos seres dados a la inteligencia y nutridos por la meditación y la lectura, son los más ardientes partidarios de Sánchez Cerro, es decir, del símbolo del analfabetismo y la

incultura, del menos universitario de los bípedos conocidos, del mayor enemigo de la inteligencia. "El Comercio", órgano periodístico, es el que defiende más apasionadamente el destierro y el encarcelamiento de escritores y periodistas. Inversión. Superchería.

Se dice y se sabe que la juventud de Antonio Miró Quesada fué la de un seminarista honesto. No cumple en los años mozos, la ley de placer, de gozo, de desenfreno que, desde los tiempos en que Dionisos aleccionó a los hombres, es ley natural. Su juventud transcurre tímida y casi casta. En cambio, su ancianidad es un peligro para las muchachas pobres de Lima. Otra vez la inversión. Su juventud carece de alegría y su vejez carece de dignidad. Rico y poderoso, adula al más indigno de los peruanos y se pone al servicio de la más vil de las políticas que haya conocido jamás pueblo alguno. Ninguna necesidad tenía de hacerlo. Con su vida ya completa, dueño de una fortuna y una influencia punto menos que incontrastables, pudo, conservando independencia y decoroso equilibrio, mantenerlas por muchos años. Pero el demonio de la inversión y la superchería lo aconsejó mal. Ahora se ha jugado fortuna e influencia en una sola carta. El régimen que hoy enloda al Perú podrá durar mucho o poco. Pero cuando caiga, de los Miró Quesada y de "El Comercio" no quedará sino un recuerdo fecundo en náuseas. Por el afán de sobrevivir, Antonio Miró Quesada y "El Comercio" se han suicidado.

Oligarquía, desenfreno, ferocidad, caciquismo, inteligencia curialesca, universalismo ñoño, sensualidad sin freno: tales son las fuerzas gracias a las cuales actúa el Civilismo y que están energicamente representadas por Antonio Miró Quesada. Enloquecido por el ansia de poder, lleno de amargura porque jamás llegó a las alturas del mando, ansioso de maltratar a la inteligencia que nunca le hizo caso, envenenado contra los periodistas y escritores que siempre desdénaron a "El Comercio" y a sus dueños, Antonio Miró Quesada, demonio familiar de Sánchez Cerro, consejero fatídico del más torpe y siniestro ejemplar de las soldadescas suramericanas, subsistirá, en la historia del Perú, como el ejemplo más triste y más duro de lo que pueden, en sentido negativo, las actividades de la vida colonial inyectadas en el organismo de la República. Antonio Miró Quesada, con el alma al revés y el cuerpo volteado, será siempre la imagen expresiva de los años pútridos que el Civilismo le ha dado al Perú.

Esta serie concluirá con las siguientes hojas, que han de aparecer en el orden en que aquí están enumeradas y en los días que se indican, a una hoja por día: Leticia — Lo de Chile — Trujillo — Los Ocho Marineros — La Cosmoplodación — Tumán y "El Comercio" — Guerra, Salitre y Huano — El Imperio de la Sensualidad — Sanciones y desastre jurídico — Sanciones y desastre económico — Luis Miguel Sánchez Cerro — Zococracia y Canibalismo — La llaga civilista — Los subhombres Muñoz, Zavala Loayza, Ríva-denebra, etcétera — Dos militares civilistas: Ruiz Bravo y Vargas. Estas hojas verán la luz pública durante los días 13, 14, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 24, 25, 26, 27, 28 y 29 del mes en curso y la serie quedará definitivamente cerrada.



00050694

10-06-2016